

Tarea inaplazable



VICENTE ECHANDÍA
Diplomático

Cada año, por esta época, presenciábamos el mismo ritual. El gobierno de los Estados Unidos saca un reporte en el que certifica (o no) que el Gobierno de Colombia está haciendo lo que le corresponde (según el gobierno de los Estados Unidos) en la lucha contra las drogas ilícitas. A partir de ahí, la discusión en Colombia arranca. Que la solución es legalizar, que lo que se necesita es fumar, que el Gobierno se equivoca, que está en lo correcto. Y así, llevamos más de dos décadas presenciando el mismo espectáculo, una y otra vez, y la verdad es poco lo que hemos avanzado.

Las cifras sobre cultivos de coca suben unos años, bajan otros, la mayor parte de las veces sin que las autoridades de aquí o de allá entiendan muy bien lo que se esconde detrás. La productividad por mata de coca se dispara, toneladas de coca siguen saliendo a pesar de incautaciones cada vez mayores por parte de la Policía y las Fuerzas Militares, y en general, solo se ve un panorama desalentador. Frente a esta situación, y todo lo que se deriva del negocio criminal, es fácil entender por qué para muchas personas uno de los peores problemas de Colombia, si no el peor, es el narcotráfico.

Estoy en desacuerdo.

Para mí, el problema no es el narcotráfico, sino lo que se esconde detrás: la incapacidad crónica de nuestra sociedad, incluidos gobernantes, empresarios, académicos, sindicatos y todos los demás que estamos aquí metidos, de establecer como prioridad una política de largo plazo de control del territorio. Para ponerlo más claro, una política que logre que vivir en Bogotá o Medellín, solo sea diferente a vivir en el Catatumbo o Tumaco por el paisaje. Es decir, el control del territorio no como concepto militar, sino como la capacidad del Estado de ejercer todas sus funciones a lo largo y ancho del país.

RECUPERAR EL ESPACIO PERDIDO POR EL ESTADO ES UNA TAREA INAPLAZABLE

Ese, para mí, debería ser el foco de todos los esfuerzos. Con el desastre generado por la tala de bosques, el uso y vertimiento indiscriminado de químicos en ríos y campos, es difícil ver que estos males solo son posibles por la ausencia de Estado en porciones grandes del territorio. El tema es que, aunque uno pudiera acabar el narcotráfico, las condiciones seguirían siendo ideales para el florecimiento de otras actividades

igual de dañinas, como la minería ilegal o la tala indiscriminada de bosques. Y ni hablar de todas las que pueden surgir en el futuro. Sin la amenaza creíble de la autoridad, sin la provisión continua y previsible de bienes públicos y sin la posibilidad de conectarse con los circuitos económicos lícitos del país, es difícil que las cosas cambien.

La respuesta entonces es construir Estado en esos territorios. Suena fácil. Si hay poco Estado, solo hay que poner más. El problema es que todas esas décadas en las que el Estado estuvo ausente fueron aprovechadas por otros actores políticos, económicos y militares fuera del marco de la legalidad, que han ganado un poder muy importante en sus territorios, y en muchas ocasiones, más allá, integrándose hábilmente en la legalidad. Como resultado, tenemos hoy dos Colombia. Una, en donde las reglas del juego democrático son más o menos respetadas, y otra, en la que no. Una, en donde la justicia la reparten las instituciones estatales, y otra, en la que no.

Recuperar el espacio perdido por el Estado sigue siendo una tarea inaplazable, que sin que nos demos mucha cuenta, lleva más de 100 años aplazada. Esperemos que en algún momento en los próximos 100 la podamos terminar.

Cambalache

Una de las experiencias académicas más interesantes que he tenido fue asistir en Shanghai a un curso de economía y mercados financieros en China en Nov de 2019. Estar en Shanghai es una experiencia única: los edificios modernos, las marcas de ultra lujo en cada esquina, la historia milenaria. Es como un parque de diversiones del capitalismo desenfrenado.

El curso lo dictaron dos economistas chinos de la universidad de Pekín y éramos una combinación de alumnos de varios países, entre ellos un grupo de alumnos locales. El primer módulo del curso estaba concentrado en demostrar la tesis de que lo que estamos viviendo no es un surgimiento de China como potencia, sino más bien un resurgimiento. Esto, basado en el hecho de que en 1820 China era un tercio de la economía mundial mucho más grande que Europa y USA juntos.

Lo más interesante no fue lo que dijo el profesor, sino lo que no podía decir en público. A las preguntas sobre la veracidad de los datos económicos que emite el Gobierno chino o el porcentaje de deuda mala que tiene el sector financiero, él lo único que se limitaba a decir era: "No puedo responder eso en público" y en privado nos pedía excusas, pues varios colegas habían quedado sin trabajo por no adherirse a la norma de "calladito te ves mucho más bonito" que,



ARIEL BACAL
Consultor empresarial

perciera, ellos estaban obligados a seguir.

¿Por qué les cuento esto? Porque lo que está pasando en China en los últimos meses es la respuesta del por qué a la censura. La eminente quiebra de Evergrande, el desarrollador inmobiliario más grande de China desnuda la "bomba nuclear" para la economía mundial que se esconde detrás de los rasca-cielos en Shanghai y en otras provincias de ese país.

SI TODOS LOS COLOMBIANOS NOS MUDÁRAMOS A CHINA, TENDRÍAMOS CASI DOS APARTAMENTOS NUEVOS

Desde la crisis financiera de 2008 China basó su crecimiento en una burbuja de crédito y especulación inmobiliaria. Los gobiernos locales entregaron tierra como colateral para préstamos que invirtieron en proyectos de infraestructura. El boom de construcción y la necesidad de mostrar crecimiento económico causó que varios proyectos inmobiliarios quedaron totalmente vacíos. Para ponerlo en perspectiva, en China hay apartamentos vacíos que podían albergar a 90 millones de personas. Si todos los colombianos nos mudáramos a China, tendríamos casi dos apartamentos nuevos. ¿Intentando no?

¿Por qué es importante? Porque si comienzan a bajar los precios de las propiedades, los préstamos que se hicieron con ese colateral quedarían sin cobertura y desnudarían algo que hace tiempo es obvio para muchos. Que un porcentaje altísimo de estos no se van a poder pagar.

Así estamos, viviendo en esta prosperidad de "mentiritas", donde los gringos emiten dinero a manos llenas y los chinos tratan de esconder debajo del tapete el orangután que tienen en su economía. Mientras la fiesta siga las utilidades se las reparten entre los pocos de siempre, pero cuando explote nos va a llover mierda a todos.

El cantante argentino Enrique Santos Discépolo en el tango Cambalache cantaba sobre el siglo pasado: "Pero que el siglo XX es un despliegue de maldad insolente, ya no hay quien lo niegue, vivimos revolcados en un merengue y en un mismo lodo todos manoseados". Me pregunto: ¿Qué pensaría del siglo XXI?

Recomendado: asistencialismo moderno



GERMÁN EDUARDO VARGAS
Catedrático /Columnista
german.vargas@uniandes.edu.co

Odiarnos escuchar quejas, sugerencias y excusas, aunque nos encanta expresarlas. Así mismo, objetamos que los demás usen «palancas» -p.ej. para encontrar trabajo o resolver ante cualquier entidad-, pero ignoramos, ocultamos o negamos, que dependemos de las «recomendaciones» para vivir: haz una app, y «apalancaré» al mundo; dame un «asistente», y moveré al mío.

Los algoritmos condicionaron a la sociedad fusionando los regímenes neoliberal y comunista, en La Era del Capitalismo de la Vigilancia (Zuboff, 2020). De acuerdo con Byung-Chul Han, aparentemente serviles o permisivos, las plataformas constituyeron un feudalismo moderno (Bankruptcies of the World, 2021); el 'me gusta' es el Amén digital, y los compulsivos smartphones funge como la generación 4.0 de los «objetos de transición» o refugio infantil, como aquel osito que cobraba vida en la película Ted.

Las TIC acentuaron la pobreza cognitiva y la inequidad entre los patrones de desarrollo. Por una parte, las carencias afectaron al «aprovechamiento» del potencial que ofrecen las ondas cerebrales (The impact of socioeconomic and stimulus inequality on human brain, 2021); delta-aprendizaje-, theta -imaginación-, alfa -

relajación-, beta -atención- y gamma -memoria-. Por otra parte, el abuso en la exposición a determinados estímulos las desactivó; en consecuencia, terminamos aprendiendo a hacerle caso a los «asistentes» que nos dirigen (Rethinking GPS navigation: creating cognitive maps through auditory clues, 2021).

Semejantes hallazgos deberían influir en el diseño instruccional; también en la gestión, pues la multitarea sigue de moda, aunque fue desmitificada. Respecto al teletrabajo, la sobrecarga se refleja en la deficiente retroalimentación, mediante el ruidoso procesamiento de las señales no verbales (Nonverbal Overload. Technology, Mind and Behaviour, 2021).

LOS ALGORITMOS CONDICIONARON A LA SOCIEDAD FUSIONANDO REGÍMENES

Rutinaria, la tecnología hipnotizó a la heurística y sometió nuestra capacidad de agenciamiento, exploración y decisión (The Glass Cage, 2014). De hecho, el «asistencialismo» invadió los demás ámbitos desde el entretenimiento, diseminando reseñas ambiguas o exageradas, cual horó-

copo o etiqueta best seller, como *Tinder*, *Netflix* o *Rappi*.

Cegados, los usuarios adoptan a los «recomendados» de sus oráculos o caballos de troya, cuyas cajas negras limitan la diversidad o manipulan la frecuencia con la que promocionan opciones predeterminadas, para dejarlos sin alternativa. Pocos se conocen a sí mismos, y los demás creen que los algoritmos sí los entienden; además, asumen que fueron diseñados para influir de manera positiva en sus vidas (The influence of algorithms on political and dating decisions, 2021); no para mantener su statu quo y apalancar los intereses que tienen codificados.

Pequeño paso para el hombre, pero grande para la humanidad, China aterrizará al ciberespacio; reglamentaría algoritmos y regularía al insubordinado oligopolio tecnológico, que explota datos personales y manipula precios, según «preferencias y hábitos» (U.S. Can Only Dream Of, 26/08/2021).

La red de corrupción Centros Poblados afianzó la exclusión tecnológica que padecen tantos lugares abandonados por el Estado, y la caída de Facebook paralizó al mundo. Algunos aprovecharon la anacrónica normalidad, y otros eligieron reactivarse instalando otra app.